

## 079. La mística cristiana

En el Catecismo de la Iglesia Católica hay un punto de riqueza extraordinaria cuando habla de la santidad por la vida en Cristo. Vale la pena leer las mismas palabras del gran Catecismo (2014):

*“El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama ‘mística’ porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos — ‘los santos misterios’— y, en Él, del misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con Él”.*

El Bautismo nos hace santos, con la misma santidad de Dios. Pero, ¿nos hemos de quedar en ese principio? ¿Vamos ser en el espíritu siempre unos niños, como el recién nacido que se quedase en los tres kilos con que ha venido al mundo? No. La vida cristiana es progreso, es avance, es crecimiento. Hay que llegar al desarrollo pleno y perfecto, a lo cual llamamos con razón *La perfección cristiana*.

Cristiana..., ¿por qué? Porque tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Es el mismo Jesucristo quien, al haber crecido en nosotros por dentro, se manifiesta también exteriormente, de manera que cada vez se nos ve más maduros, más equilibrados, más sensatos, con una sensatez divina, porque pensamos, queremos y actuamos no como hombres o mujeres solamente, sino que lo hacemos de una manera distinta, porque es el mismo Jesucristo quien actúa en nosotros.

Este desarrollo en Cristo lo realizan en nosotros los Sacramentos, llamados “santos misterios”, porque obran en nosotros de manera misteriosa, pero real, y crean la vida “mística”, vida divina, que no es de la tierra sino del Cielo.

Como ejemplo nada más, podemos limitarnos al sacramento de la Eucaristía. Alfonso María de Liguori ha vivido siempre de ella con verdadera pasión. Con sus noventa años, vive en casa sin moverse. Pero pendiente siempre de Jesús en la Eucaristía. Con inocencia de niño, se acercaba al Sagrario, lo golpeaba con los nudillos de sus manos, y le decía candorosamente:

*- Pero, Jesús mío, ¿qué no me has oído?...*

La Eucaristía, vivida diariamente con la Misa, con la Comunión y con la compañía del Señor, había unido las dos vidas, de la Alfonso y la de Jesús, en una vida única: ni Alfonso podía pasar sin Jesús, ni Jesús sin su amigo Alfonso..., al que atraía hacia Sí de manera irresistible.

Jesús, como nos dijo El mismo en el Evangelio, es el “camino” que nos lleva al Padre, y el término obligado de la santidad a la que nos lleva Jesucristo es la vida de la Santísima Trinidad.

Tener conciencia de que Dios vive en nosotros y nosotros estamos metidos en Dios, es lo que se llama la vida mística, vida a la cual estamos llamados todos. Esta vivencia de la Santísima Trinidad dentro de nosotros la han tenido todos los Santos, aunque algunos la han sentido de manera muy especial. Ejemplo clásico, el de Juan de la Cruz con Teresa de Ávila.

Los dos reformadores del Carmelo están hablando en el locutorio del convento, separados por la verja claustral. La conversación versa sobre la Santísima Trinidad, de la que son tan devotos tanto Juan como Teresa. Una monja los ve, y llama a todas las Hermanas: *¡Vengan, vengan!...* Y, al llegar al locutorio, ven a Juan de la Cruz que se ha

elevado en éxtasis hasta pegar con la cabeza en el techo, y Teresa lo mismo en su rincón de dentro... Vueltos en sí, Teresa, siempre con su buen humor, ha de dar la explicación:

- *¡Este Fray Juan, que habla de esa manera sobre la Santísima Trinidad!...*
- *¿Y usted, Madre?*
- *Sí; una a veces se sale de este mundo para meterse en el otro...*

Todo esto lo realiza Dios en cada bautizado que permanece en la vida de la Gracia, por la cual lleva en la tierra una vida del todo celestial. Entonces —puede preguntar alguno—, ¿también nosotros vamos a tener estos éxtasis y arrobamientos?... El Gran Catecismo nos da una enseñanza formidable, cuando nos dice al acabar este mismo punto: *“Dios nos llama a todos a esta unión íntima con Él, aunque las gracias especiales o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos”* (2014)

Así —y sacamos nosotros la consecuencia—, la Santísima Trinidad está en nosotros como en Teresa y Juan de la Cruz. La vivimos como ellos. Dios nos lo ha hecho también a nosotros ese mismo regalo. Aunque a ellos se lo manifestó Dios para enseñarnos a nosotros lo que cada uno llevamos dentro. Y no nos interesan visiones ni éxtasis: ¡nos basta la fe, que nos lo enseña y nos lo asegura!

San Francisco de Asís y el Padre Pío con las llagas del Jesús manifiestas en sus manos..., ¿para qué?

Para decirnos lo que nosotros somos por el Bautismo: unos crucificados al mundo por la muerte al pecado, al que hemos declarado guerra sin cuartel; por nuestra lucha contra la tentación; por nuestra renuncia a lo que nos puede apartar de Dios; por el cumplimiento del deber en la voluntad de Dios.

Todo eso es nuestra crucifixión, esas son las llagas de Jesucristo en nuestras manos y pies, de modo que podemos decir con Pablo: *“Estoy crucificado con Cristo... Llevo en mi propio cuerpo las llagas de Jesucristo”* (Gálatas 2,19; 6,17)

Ante estas realidades cristianas, nos quedamos pasmados, y nos preguntamos: *¿Esto es la Gracia? ¿Esto nos infunde el Bautismo, y a tales alturas místicas podemos llegar todos, con tal de ser fieles a esa misma Gracia? ¿Tan dichosa sería nuestra vida, si fuéramos conscientes de esa presencia de Dios, que así vive en nosotros?...*

Cuando el Catecismo oficial de la Iglesia así nos lo enseña, por algo lo debe hacer. Vale la pena no quedarse chiquitines, sino crecer, crecer...